

caridad de todas las horas, y á una sencillez en que se oculta el saber bajo las apariencias humildes. Como desde luego se habia destinado á los pobres, supo rebajar su inteligencia para realzar ante Dios á sus groseros oyentes; y cuando en el retiro y en la soledad se hubo preparado á sus oscuros afanes, se le vió, á fines de 1631, inaugurar su carrera apostólica. Hijo del Mediodia, quiso consagrarse á sus compatriotas, siendo la pequeña ciudad de Sommieres la primera que escuchó sus palabras. Y no se limitaba su mision á extirpar los vicios: en medio de aquellas ricas comarcas habia tomado asiento la herejía, y deseando exterminarla de raíz alentando el celo de los Católicos, después de crearse un arma de su humildad, se resignó á todo género de afrentas y penalidades: hízose el servidor del indigente, el médico del enfermo, el tesorero del pobre, y el hermano de los que padecian; abnegacion continua y elocuencia fascinadora, que debieron producir por precision una impresion profunda en el ardoroso corazón de los meridionales. Después de haber sometido á la Religion todas las comarcas colindantes con Nimes y Montpellier, le llamó el obispo de Viviers, Luis de la Baume de Susse, á su diócesis, donde apenas quedaba vestigio alguno del catolicismo. Las guerras civiles habian demolido sus iglesias, y solo reinaba la herejía ó el desenfreno en los corazones de sus habitantes. Accediendo el P. Francisco á los deseos de este Prelado, se presenta en su diócesis, y de mision en mision, de villa en villa, y de aldea en aldea recorre enteramente este país devastado.

Érale preciso sostener crudos combates y terribles pruebas: ultrájale en el púlpito, calúmnianle en el mundo, y tratan de entrar su accion por todos los medios imaginables; pero Regis permanece inalterable: ni las fatigas de esta peregrinacion oratoria, ni los peligros á que se ve expuesto á cada paso, ni los cuidados que le ofrece la caridad, ni los vicios que debe combatir, ni los obstáculos que encuentra incesantemente, nada es suficiente á intimidarle ó aterrarle, nada es capaz de abatir su ánimo. Después que ha conseguido renovar al Vivarés, pasa lleno de celo al Velay. Testigos las poblaciones de los prodigios que obraba, le miran, no como á un hombre que se dirige á sus semejantes, sino como á un ser descendido del cielo; siguen todos sus huellas, escuchándole con recogimiento, y aceptan sin vacilar, y aun con júbilo, sus lecciones y sus consejos. El mismo cle-

ro se conmueve á los acentos de aquella voz á la que prestan una autoridad sobrenatural las mismas virtudes del orador. Apenas hacia nueve años que habia emprendido su tarea, y viendo ya dos provincias regeneradas, corre presuroso á la conquista de nuevos triunfos: iba á dar principio á una nueva mision en la de Louvesc, cuando el 23 de diciembre de 1640 cayó agobiado de fatiga. «Estaban los caminos tan espantosos, dicen las actas de su canonicacion, que el santo hombre se vió precisado muchas veces á romper el hielo con las manos para franquearse un paso; arrastrándose otras sobre sus manos y piés, ora encaramándose sobre escarpadas rocas, ora subiendo por senderos estrechos y resbaladizos circundados de precipicios, con un riesgo continuo de caer en profundos abismos.»

Ocho dias después sucumbia al exceso de sus afanes apostólicos el P. Francisco, y entregaba en manos de su Criador un alma que le habia consagrado toda entera. Santo durante el transcurso de su vida, habia muerto con las señales características de santo. El pueblo del Vivarés y Velay quiso anticiparse á la Iglesia en el culto que la gratitud ansiaba tributar á la memoria del Jesuita; estrecháronse los pueblos en derredor de su tumba, y testigos los arzobispos y obispos del Languedoc de las maravillas obradas por su intercesion, escribían al papa Clemente XI, con fecha 12 de enero de 1704, sesenta y cuatro años después de su muerte, en estos términos: «Nos damos el parabien y nos felicitamos á nosotros mismos, al ver que Dios nos ha dispensado el alto honor de hacer nacer entre nosotros un hombre apostólico, «dotado del don de los milagros, de suerte que podemos exclamar con el Profeta: *Regocijarse el desierto y florecerá como el lirio, porque serán abiertos los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos. El cojo correrá como el ciervo por los valles, y la lengua de los mudos será desatada.* Porque nosotros mismos vemos con nuestros propios ojos renovarse estos prodigios sin cesar sobre las desiertas montañas de Louvesc: nosotros somos testigos de que ante el sepulcro del P. Juan Francisco de Regis los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, y los mudos hablan, esparciéndose el rumor de estas maravillas por todas las naciones. Quiera el cielo, Santísimo Padre, que por juicio supremo de vuestra Santidad este hombre de Dios aumente el número de los Santos, á quienes la Iglesia tributa su culto.»

En el mismo año de 1640, y mientras que el P. Francisco exhalaba su último aliento, el P. Julian Mannoir emprendia en favor de la Bretaña, su patria, lo que aquel acababa de consumir en favor de la suya. Este Jesuita, nacido el 1.º de octubre de 1606 en San Jorge-de-Raitambaut, habia visto los esfuerzos de Nobletz y otros misioneros para sacar á esta provincia de la corrupcion é ignorancia en que la habian sumido las guerras civiles; é impulsado por aquel amor al suelo natal que jamás se borra en los corazones, especialmente en los de los hijos de este país, después de ceder á otros los peligros desconocidos, los trabajos literarios, las negociaciones terrestres y los triunfos oratorios, hizo voto de consagrarse á su patria; y durante los cuarenta y tres años de su apostolado, no hubo una aldea de la Bretaña Baja, ni una roca del Océano, ni un solo páramo que no escuchase la palabra del Jesuita. Así en las ciudades como en las islas casi salvajes, se le oyó excitar á la virtud y á la piedad, viniendo á ser su voz un agente poderoso que recordaba á las poblaciones sus costumbres primitivas y sus santas creencias; mientras que estas poblaciones, sobre las que han pesado tantas calamidades políticas, conservan aun en el dia la sencillez de sus tradiciones y el recuerdo del Jesuita, que habia enseñado á sus antepasados á vivir y morir en el servicio de Dios.

La Compañía de Jesús amaestraba hombres para todas las luchas, al paso que contaba individuos en todos los continentes; teníanlos en Irlanda, Inglaterra y Provincias-Unidas, que combatian lo mismo que en la China y en el Japon. El P. Francisco Veron, el indomable atleta de las controversias, imponia silencio á los ministros de Ginebra; Gonthier y Langeron hacian ingresar en el redil de la Iglesia á Huet, padre del sabio obispo de Avranches, y á La-Grange, jefe de una de las familias mas ilustres del Vivarés. Otros Jesuitas obtenian la abjuracion del príncipe Eduardo, de Luisa María Holandina y de los dos hijos del Elector palatino, yerno de Jacobo Estuart, que habia sido uno de los que habian promovido la guerra de los Treinta años. Los Padres se venaban convirtiendo al hijo y á la hija; pero aun les estaba reservada otra satisfaccion mas brillante. Cristina de Suecia, heredera del gran capitán luterano, iba bajo su inspiracion y la de René Descartes, su discípulo de La Flecha, á aceptar el catolicismo, contra el que habia combatido Gustavo Adolfo con tanta gloria militar.

Cristina reinaba sobre un pueblo guerrero; y sus gustos estudiosos, su pasion por las ciencias, y su apego á las artes y á la libertad, la hacian insoportable el peso de la corona de Suecia. Distraíase del fastidio de la grandeza en las conversaciones de Grocio, Descartes, y Pedro Chanut, ministro de Francia en su corte; pero no teniendo de mujer mas que las menos cualidades posibles, y abrigando por otro lado un espíritu voluble, que se sentia incómoda en el trono, y de un corazón ardiente, y dispuesto siempre á ceder á un capricho de amor, ó á una verdad demostrada, gustaba de provocar los combates intelectuales y tomar parte en ellos. El tratado de Westfalia la colocaba en el rango de las primeras soberanas de Europa; pero debia este rango á la herejía, y esta nada decia á su alma, dejando en ella un vacío, y ni aun satisfacía á su razon. En esto llegó á Stockolmo el P. Antonio Macedo, natural de Coimbra¹, Jesuita que habia conducido la fe á las costas del África, y que agregado ahora á la embajada de José Pinto Pereira, en union del P. Juan Andrada, en calidad de secretario, tuvo por conveniente vestirse en traje de seglar, como en otro tiempo lo habia hecho Possevino, para no ofender la susceptibilidad de los Luteranos. Por la modestia de su continente, por su vida retirada y por la profundidad de sus conocimientos en materias religiosas, sospecha Cristina que bajo el disfraz de secretario de embajada se ocultaba un Jesuita, y buscó ocasion de conversar con él á solas. Macedo, que espiaba con ansias este momento, descubre á la Reina el misterio de que estaba envuelto, y se hizo misionero en la corte de Suecia, como lo habia sido entre los negros del África. Cristina, que tenia un juicio recto, reconoció fácilmente lo absurdo del culto reformado, y le prometió abjurar su error, aun cuando su abjuracion debiese costarla el sacrificio de su corona.

Habiendo exigido de Macedo al salir de Stockolmo que la remitiese otros dos Jesuitas capaces de ilustrarla², hízosele saber el Jesuita al vicario general Goswin Nickel, y este diputó á los

¹ Antonio Macedo era hermano del célebre franciscano Francisco Macedo, que tante parte tuvo en la revolucion de Portugal, y que legó al mundo literario ciento nueve obras impresas y treinta manuscritas. Este sugeto habia sido antes Jesuita; pero no ligando con el Instituto su carácter orgulloso y colérico, se separó de él amistosamente, permaneciendo amigo de los Jesuitas hasta la muerte.

² Bayle, *Diccionario histórico-crítico*, art. Macedo.

PP. Pablo Casati y Francisco Molino, profundamente versados ambos en las matemáticas y en la teología, que fueron á consumir la obra de Macedo. Disfrazados ambos Jesuitas de mercaderes, se embarcaron en Venecia, arribaron á Stockolmo, y secundados en su celo por el católico genio de Descartes y por la buena fe de Cristina, se decidió la hija de Gustavo Adolfo á renunciar á la herejía, abdicando el trono, para seguir con mas desahogo las inspiraciones de su conciencia. Pero este grande espectáculo y este grandioso ejemplo ofrecido á la faz del mundo, y del que fueron los motores el gran Descartes y los Jesuitas, no bastó á dar á la Reina todas las virtudes en herencia. Cristina perseveró en la fe que habia abrazado; mas no siempre se mostró cristiana en la práctica. En medio de su agitada vida, durante la cual retrocedió mil veces á sus sangrientos arrebatos de despotismo, y pasiones, por decirlo así, vagabundas; á través de sus proyectos de ambicion de gloria, de viajes, de soledad y de trabajo, permaneció siempre fiel á la Iglesia católica.

Hemos dicho mas arriba que después de algunos acontecimientos, medio religiosos, medio políticos, los Jesuitas fueron expulsados de Venecia. Habia transcurrido la mitad de un siglo desde que Fra Paolo, aliado de los Calvinistas franceses, ginebrinos, y Presbiterianos ingleses, habia arrastrado al Dux y á una parte del Pregadi á su idea de protestantismo, cuya principal exigencia era la expulsion de los Jesuitas. No consintiendo los venecianos asociarse por mas tiempo á un complot, cuyos fautores habian descendido á la tumba, accedieron sin dificultad á los deseos del papa Alejandro VII (de la familia Chigi), que habia solicitado la restauracion de la Compañía de Jesús en la república veneciana; porque el luteranismo empezaba ya á concentrarse á la sazón en su propia esfera, y le habia llegado la época en que no podia aspirar á nuevas conquistas. Los Jesuitas, que á pesar de la proteccion de Enrique IV, y del soberano Pontífice, tuvieron que sufrir un destierro que la herejía quisiera que hubiese sido eterno, regresaron por último á sus posesiones; y en el momento se entregaron al olvido los odios y los edictos de una generacion pasada, para no recordar sino los servicios que la Sociedad habia prestado y podia prestar aun en el Adriático; pudiendo felicitar el Papa en estos términos á la República y al Dux, con fecha 28 de enero de 1657:

«Nuestros muy queridos hijos y nobles personajes, salud y apostólica bendicion. Vuestras noblezas han llenado mi corazón y mi espíritu de un excesivo júbilo por medio de los despachos en que me manifestais haber recibido á los religiosos de la Compañía de Jesús en vuestra ciudad y en todos vuestros dominios. Vosotros habeis emprendido y terminado con un celo y alegría fidal, solo á persuasion y á instancias nuestras, este asunto tan lleno de dificultades, y tantas veces intentado, aunque en vano, hasta el presente; de suerte que habeis inundado nuestra alma de gozo, y nosotros por nuestra parte, os abrazamos en el espíritu, y con los sentimientos de afeccion del mas tierno padre. Porque no solamente hemos recogido el fruto preciosísimo de vuestro respeto y adhesion á la Santa Sede, sino que esperamos que vuestra ciudad los recogerá abundantes y muy duraderos de esos religiosos que son efectivamente buenos, verdaderos y fieles servidores de Jesucristo. Esperamos que ayudados por vuestra benevolencia, se mostrarán dignos de su santo origen, y circundarán vuestra ciudad floreciente de un nuevo muro, instruyendo á la juventud, y trabajando en la gloria de Dios.»

El mismo dia en que el Pontífice remitia este breve á los venecianos, en reparacion de una larga injusticia debida á las previsiones de los Calvinistas, el general de la Orden, Goswin Nickel, escribia á todas las provincias de la Sociedad dándolas parte de este suceso, y expresándose de este modo: «Hásenos otorgado este regreso sin gravámen ni condicion de ninguna especie¹; restituyéndonos además todos los bienes que poseíamos anteriormente en esta república.» Los Jesuitas habian sabido esperar; se habian sacrificado por el catolicismo y la Santa Sede, como tambien la República les tenia en cuenta los ultrajes de los Protestantes, y querian vengarlos de la herejía, ofreciéndoles cuanto habia perdido su Instituto.

¹ Hé aquí cómo explica Antonio Arnauld en sus *Memorias*, tomo XXXIV, serie II, pág. 233 (edic. Petitot) la reintegracion de la Compañía: «Los Jesuitas, dice, se aprovecharon de las urgentes necesidades de la república para ser acogidos en Venecia, mediante el desembolso de gruesas sumas.» Esta asercion no se halla justificada por Arnauld, ni se halla vestigio alguno en los archivos de la República, así como ni en los de la Sociedad. Lo que tal vez ha podido dar origen á este aserto, es la promesa de socorro contra el Turco que hizo el Papa á los venecianos; pero seria difícil hallar un acto de venalidad en esta promesa tan natural en un Pontífice, y en la que están igualmente interesadas la política y la Religion.

El generalato de treinta años de Vitelleschi, como los de Caraffa, Piccolomini y Goswin Nickel, habian producido grandes resultados, pues sirvieron para enlazar á la Compañía con los nombres mas ilustres. Hasta entonces habia encontrado protectores en las casas mas nobles; pero pocos habian sido bastante humildes para resignarse á una vida de privaciones, peligros y abnegacion. Cuéntanse algunos, como los Borja, Gonzaga y Aquaviva, los que rompiendo con el mundo, se sometieron á una vida, cuyo único término de reposo se limita á una ignorada tumba en algun rincón de Europa, ó en el fondo de los desiertos de América. No sucede otro tanto en el generalato de Vitelleschi, y sucesivos. Cada familia que contaba ya en su patria con una ilustracion lanza á la Compañía de Jesús un individuo, segura de que el Jesuita añadirá un nuevo florón á la auréola que se ha granjeado este nombre célebre por sus hazañas militares, ó por sus servicios civiles. Así es, que recorriendo los archivos de la Compañía, hallamos no sin asombro tanto número de personajes, que ya en las misiones como en la enseñanza, en la ciencia como en la caridad, se señalaron por los beneficios que prestaron á la humanidad.

Italia, Francia, España, Alemania, Polonia, Inglaterra, todas estas regiones han suministrado celebridades en el periodo corto de cuarenta y cinco años. De un lado vemos á Carlos de Lorena, que renunciando al obispado de Verdun y á los honores de la púrpura que le esperaban, ingresa en el noviciado de los Jesuitas, donde encuentra á Fabio Albergatti, Orsini y Jacobo Sertorio; del otro encontramos al duque de Bracciano, Alejandro de los Ursinos, que emparentado con los Médicis, y cardenal á los veinte y dos años, abandona las dignidades eclesiásticas, y abraza el Instituto.

Francisco de Beauvau, Walpole, Justiniani, los dos Suffren, los dos Pimentel, Chiaramonte, Juan de la Bretesche, Gonsaloni, Guillermo de Metternich, Francisco Boufflers, tres Borghese, Antonio de Moncada, Truschez, dos Piccolomini, Santiago de Lavalliere y Pedro Gottau de Friburgo, tres Spínola, dos príncipes de Mean, Lord Gordon y de Nobili, Brienne, Gregorio, Hermann Hugo, Max de Wurtemberg, Everardo de Merode, de Ossat, Tomas Holland, Pedro de Sesmaisons, Antonio de Padilla, Gil de Santa Ildegunda, cinco Gaetano, Visconti, Pablo Far-

nesio, dos Doria, Trevisani, de Carné, Marini, César de La Tremouille, Francisco de Machault, Felipe Contarini, Marcos Garzoni, Gussoni, Montalto, Terranova, Altieri, Patrizzi, Rubempré, Conrado de Gaure, Alburquerque, Tavora, Meneses, Cabral, Lobo, Silva, Rodriguez de Villaverde, dos de Arcos, Luis de Velasco, Pedro Manrique, Gabriel de Lerma, Francisco Porto-Carero, Verthamon, Escipion Coscia, Trausmanstorff, Herberstein, Nicolás Lanciski, Guillermo de Campenberg, Fernando Palfi, Bernardo Thanhausen, Nicolás Radkai, Kuesten, Micinski, Ventadour, Kriswski, Vilcanowski, Tisekiewitz, tres Valsh, Luis de Gourgues, Galiffet, Norogna, cinco Mendoza, Courtenay, Santarem, Tolgsdorff, Phelippeaux, Libersaert, Spinelli, Britto, Aubigny, Konisek, Antonio de Médicis, dos Montmorency, Sotomayor, Zea, Pedro Talbot de Shrewsbury, Rodriguez Mello, Jacobo de Fuentes, Aguado, Jimenez, O' Mahoni, Guzman de Medinasidonia, Pignatelli, Grimaldi, Aranda, Mascareñas, Rougere, Dillon, de L' Angle, Pallavicini, Sandóval, Vasconcellos, Lugo, Almazan, Durazzo, Critton, Berg, Caprara, Langeron, Chanowski, Jorge Giedroyez, de la familia de los príncipes de Lituania, Rougemont, Conti, Casimiro de Polonia y Lelio Gracchus, desertaron todas las pompas mundanas, se sustrajeron á los placeres y honores, y se consagraron á esa existencia que no tenia para ellos mas atractivo que el de un peligro continuo.

Unos, como el P. Guillermo de Metternich, evangelizaron su patria; otros, como Francisco Boufflers, murieron asistiendo en los hospitales á sus hermanos, á quienes sus parientes condujeron á la victoria. Entre estas notabilidades históricas, los habrá que siguiendo las huellas del P. Lavalliere, se lanzarán hácia el Oriente para predicar la fe á aquellos pueblos sentados en la sombra de la muerte, y que en la primavera de su edad, sucumbieron como él á los afanes de su caridad; otros consagrándose á la soledad, donde formarán á los novicios, como el P. Florencio de Montmorency, que se sepultó en la oscuridad y en el fondo de las bibliotecas, para rescatar ante Dios las glorias mundanas de que su nombre habia pasado á ser el eco.

Todos estos favoritos del nacimiento, de la fortuna y de las grandezas, no tienen mas que dar un paso, dirigir una sonrisa, ó expresar un deseo para ver satisfecha su ambicion. Eran ricos, y se hicieron pobres; agregaban el poderío de la cuna á los splen-

dores del ingenio y al prestigio de un valor hereditario; pero hollando todo el brillo que deslumbra á los mundanos, y arrancándose á las maternales caricias y á los ambiciosos ensueños de un padre, han recorrido todos la senda que las Constituciones de la Orden trazaron á los Jesuitas. Consagraronse todos ellos á todos los géneros de martirios, ora arrojando en los campos de batalla una muerte que solo podian recibir; ora despreciando en los desiertos del África la mordedura de los reptiles ponzoñosos y demás fieras selváticas y feroces; ora tolerando las torturas del hambre y de la sed, y se han expuesto gustosos á las envenenadas flechas del indio, y á la feroz estupidez del salvaje.

En un tiempo en que los nombres ilustres ejercian un poderoso influjo, semejante multitud, reunida de todos los puntos de Europa para engrosar las filas de la Compañía de Jesús, debió con precision hacer brillar sobre ella el reflejo de todas las glorias nacionales; mucho mas cuando cada reino vió á las primeras familias consagrar alguno de sus miembros al Instituto: entonces cada reino aprendió á amar á los Jesuitas, porque en su Sociedad contaban hijos, cuyas grandezas habia adoptado su patria: entonces, siguiéndolos al otro lado de los mares, se interesaron en sus peligros, aplaudieron sus trabajos, honraron sus talentos, los saludaron durante el período de su existencia, y los elogiaron después de su muerte. Era aquello una vasta aglomeracion de votos y sacrificios que, dejando á un lado las rivalidades de pueblo á pueblo, los confundió á todos en un mismo sentimiento. La Orden de Jesús era cosmopolita, y mientras que la dejaron caminar bajo el impulso de su propia fuerza, se dirigió á todas las naciones, y todas las naciones la contestaron.

Cuando el calvinista Mr. Guizot, en su *Historia de la civilizacion en Europa*, llega á ese primer período de la Sociedad de san Ignacio, desaparece en él lo historiador y lo filósofo, para dar lugar al discípulo del reformador de Ginebra, y poniendo en parangon la reforma protestante con la Compañía de Jesús, dice ¹:

«Nadie ignora que el principal poder instituido para luchar contra ella (la Reforma), ha sido la Orden de los Jesuitas. Echad una ojeada sobre la historia: en todas partes han malogrado sus empresas; do quiera que han empleado su intervencion á sus an-

¹ *Historia de la civilizacion en Europa*, por Mr. Guizot, pág. 363 y siguientes.

«churas, han acarreado la desgracia de la causa en que se han mezclado: en Inglaterra han perdido á los reyes; en España á los pueblos. El curso general de los sucesos, el desarrollo de la civilizacion moderna, la libertad del ingenio humano, todas las fuerzas, en fin, contra quienes habian sido llamados á luchar los Jesuitas, se han sublevado contra ellos, y los han vencido. Y no solamente han encallado ellos, sino recordad por un momento los medios de que se han visto precisados á valerse: nada de esplendor, nada de grandeza; no han provocado grandes sucesos; no han puesto en movimiento numerosas masas de hombres; por el contrario, solo han obrado por medio de intrigas y manejos subterráneos, oscuros, subalternos, y de ningun modo aptos para sorprender la imaginacion, y conciliarles ese interés público inherente á las grandes cosas, cualquiera que sean su principio y su objeto. El partido contra quien luchaban, por el contrario, no solo ha vencido, sino que venció con brillo y majestad. Este partido ha consumado cosas grandes y por grandes medios: ha sacado á los pueblos de su letargo, ha llenado la Europa de hombres grandes, ha cambiado á la faz del sol la suerte y la forma de los Estados, y en una palabra ¹, todo ha

¹ Ha derrocado, debiera decir, á unos monarcas que no tenian otros defectos mas que la ineptitud, la impericia en el conocimiento de los que rodeaban su trono, la indolencia, ó quizás la demasiada lenidad y dulzura, para enseñar á los incautos pueblos, á esos pueblos acreedores en justicia á que se les diga la verdad, á servir de escala á otros mil tiranos para que asciendan al poder, lanzándolos, en seguida de apoderarse de la presa, el miserable y descarnado hueso que se le arroja al perro tras el opíparo banquete. Sí, ha inspirado á unos cuantos famélicos el pensamiento mágico de libertad é independencia, para que poniéndole en juego en los días de la revolucion y de la anarquía, transmita el sudor del pobre artesano, del laborioso colono, del sencillo labrador, del infatigable artista, y para decirlo de una vez, el sudor de las masas, á manos del intrigante, del perjuro, del egoista, del incesante declamador de los derechos del pueblo, mientras no ve satisfecha su hambre, colmada su ambicion y saciada su sed de tesoros; pero que lanza después un puntapié á la escala que le sirvió de ascenso al puesto que ambicionaba. ¡Abre bien los ojos, pueblo incauto, rompe ya el velo que ofusca tu vista, distingue bien tus intereses! Ese tribuno que hoy declama en tu presencia en favor del principio seductor, mágico, risueño, fascinador y halagüeño de libertad é independencia, es otro tirano en germen, que trata de emplearte como instrumento de su elevacion, para entregarte al olvido y á la miseria; es una nueva sanguijuela que anhela chuparte lo poco que te dejaron sus predecesores en el arte de la intriga, y un futuro déspota que empleará en tu exterminio las mismas armas con que